



## Javier Echevarría

Prelado del Opus Dei

Con sumo agrado escribo estas palabras de presentación a un libro gráfico sobre el beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Junto a las fotografías, una selección de textos testimonia el homenaje que hombres y mujeres representativos del panorama español –de la Iglesia, de la cultura, del arte, de la ciencia, del periodismo...– desean rendir a este santo sacerdote, aragonés y universal, con ocasión del centenario de su nacimiento, el 9 de enero de 2002. A todos ellos, así como a los promotores de la iniciativa, mi gratitud más cordial.

Pienso que, ante un homenaje de este estilo, el beato Josemaría quizá nos diría –si estuviera entre nosotros– lo que respondió a una persona que, en cierta ocasión, le agradeció el bien que había causado a su alma con sus enseñanzas sobre el valor santificador de la vida ordinaria: *No me des las gracias. En una carta, lo importante no es el sobre, sino el contenido. Se abre la carta y el sobre se tira a la papelera. Yo soy el sobre que el Señor, en su misericordia, ha querido utilizar.*

El contenido de la carta, el mensaje que Dios ha querido transmitir por medio de tan fiel servidor, posee la asombrosa sencillez de las intervenciones divinas en la historia de los hombres. Con palabras del Fundador del Opus Dei, podría formularse así: *Se han abierto los caminos divinos de la tierra.*

En el seno de la Iglesia, como fruto de la perenne juventud que le proviene del Espíritu Santo, se ha reafirmado la convicción –solemnemente recordada

por el Concilio Vaticano II– de que todos los hombres, sin excepción, están llamados a la santidad. Uno de los pioneros de esta toma de conciencia ha sido precisamente el Fundador del Opus Dei, que no sólo predicó incansablemente esta doctrina, sino que, movido por un especial carisma recibido del Cielo, comenzó a ponerla en práctica, de modo concreto, el 2 de octubre de 1928, fecha en que vio, por voluntad de Dios, el Opus Dei.

La vía emprendida por el beato Josemaría es antigua y nueva como el Evangelio y se inscribe plenamente en la doctrina y en la tradición de la Iglesia. Se fundamenta en Jesucristo, que afirmó de sí mismo: *Yo soy el Camino*. La «novedad» reside en que la Misericordia divina, en pleno siglo XX –el siglo que ha presenciado los mayores desarrollos científicos y tecnológicos del trabajo humano–, ha querido mostrar a los hombres y mujeres empeñados en sus tareas profesionales, familiares, etc., que, precisamente en su lugar y situación en el mundo, sin abandonar el puesto en el que les ha colocado la Providencia divina, pueden y deben aspirar a la plenitud de la vida cristiana.

Ser santos en medio del mundo y con ocasión de las ocupaciones ordinarias presupone, entre otras cosas, el esfuerzo constante por buscar y encontrar a Dios en el desempeño de cualquier tarea honrada; el esfuerzo por implantar la ley de la caridad en el corazón mismo de las actividades seculares, sobre el fundamento de la justicia y de las demás virtudes cardinales. De este modo,

con el influjo de la gracia, las más diversas acciones humanas, aun las insignificantes en apariencia, cobran brillos divinos. Todos los días, también los aparentemente monótonos, se convierten en jornadas de fiesta interior. O, con expresión feliz del beato Josemaría: *Cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios (...). La vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día.*

El Fundador del Opus Dei ha sido instrumento de Dios para hacer llegar esta convicción a millones de hombres y mujeres de las más diferentes profesiones. Sus enseñanzas –como manifiestan innumerables testimonios– han echado raíces en personas muy distintas: laicos, sacerdotes y religiosos, católicos y no católicos; aunque, indudablemente, ha supuesto un despertador para los laicos, una llamada que les recuerda que están en el mundo para santificarlo desde dentro, poniendo la Cruz de Cristo *en la cumbre de todas las actividades humanas.*

Josemaría Escrivá de Balaguer fue un santo muy humano, sensible al dolor y a las necesidades materiales de la gente, volcado en el servicio y en la caridad con el prójimo, completamente dedicado a los demás. Hoy contemplamos, desparramados por el mundo, tantos frutos de su respuesta santa a Dios: hogares donde resplandece la luz de Cristo, porque los esposos han descubierto que su compromiso matrimonial es una verdadera vocación

divina; labores de promoción humana y social en las que participan amistosamente gentes de diferentes culturas y religiones; iniciativas para la formación profesional de personas menos favorecidas económicamente, que les permiten salir de la pobreza y conducir una existencia digna; obras educativas a todos los niveles de la enseñanza...

No se apuntó el beato Josemaría los méritos de ninguna de estas iniciativas, desarrolladas con el aliento de su espíritu y, muchas veces, bajo su impulso directo. No buscó honores. Fiel a su norma de siempre *–es de Cristo de quien hemos de hablar, y no de nosotros mismos–*, trabajó con la alegría de pensar que otros se cobijarían a la sombra de los árboles que plantaba, para continuar una generosa tarea de servicio a la Iglesia y a la sociedad.

La celebración del centenario de su nacimiento nos invita a poner los ojos en Jesucristo, su compañero de camino, la razón de su vida. Por medio de este mensajero fiel, el Señor nos está invitando a ser *–cada uno en su propio ambiente– sembradores de paz y alegría.*

*Roma, 2 de octubre de 2001,  
aniversario de la fundación del Opus Dei.*

Javier Echevarría  
Prelado del Opus Dei

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.